



F. Zarandona.



Leyenda



VALLADOLID, 1888

Establecimiento tipográfico de H. de J. Pastor,

IMPRESORES DEL ULTRE, COLEGIO DE ABOGADOS.

CANTARRANAS 26.

G-F- 2646



Ed. 54371
C. 1068204

DGCL
A

La Esclava

LEYENDA

POR

F. Zarandona.



VALLADOLID:

Establecimiento tipográfico de HIJOS DE J. PASTOR,

Impresores del Ilustre Colegio de Abogados,

CANTARRANAS, 23.

1888



R. 45547



La Esclava.



LEYENDA.



I

CUAL rey del desierto
brotó de las peñas,
dormido en el monte
creció entre maleza,
y, reinando en la vasta llanura,
se alzaba sobre ella,
semejante á león invencible
que tiene á sus plantas herida la presa.

II

Dos rocas altivas
su trono sustentan,
y al ver su figura
tan alta y escueta,
parecía que, hallando á su antojo
la tierra pequeña,
pretendía volar hasta el cielo
sirviéndole de alas sus anchas almenas.

III

Con viejos pilares
el llano sujeta,
y, al ver que sus muros
clavados en tierra
no le dejan poner sobre el río
sus garras de piedra,
temeroso de que huyan las aguas,
envía á cercarlas su obscura silueta.

IV

El ancho Castillo
mil chozas rodean
que viven muy lejos
naciendo muy cerca;
y es que, viendo al condor en la altura,
de espanto se llenan,
y, cual bando de blancas palomas,
se esconden, huyendo, detrás de la selva.

V

Tal vez por respeto
nacieron pequeñas;
tal vez no se alzaron
por miedo ó vergüenza;
y, á la vez, como el rudo gigante,
erguido sobre ellas,
sorbe, avaro, las luces y el viento,
ni el sol las alumbra ni el aire las besa.

VI

Vasallos humildes
las chozas albergan
que al cruel castellano
serviles respetan,
y, teniendo al señor consagrada
su esclava existencia,
son, más que hombres, mecánicos cuerpos
que viven sin vida viviendo por fuerza.

VII

Prestábanle ciegos
pasiva obediencia,
y sólo saciando
su instinto de guerra,
no pudiendo pensar en la dicha
de su independencía,
no lograron romper valerosos
los débiles muros que el feudo rodean.

VIII

Si el mónstruo que de ellos
dispone y ordena
sus cándidas hijas
trocaba en mancebas,
estimando como honra impagable
tamaña bajeza,
acudían los torpes vasallos
á darle las gracias hincados en tierra.

IX

Pero él aborrece
su humana grandeza
y el feudo que rige
tirano desprecia,
y aquel hombre que es dueño absoluto
de vidas y haciendas,
no consigue mandar en su alma
que, ardiendo en su cuerpo, cruel se rebela.



X

Aquel que á capricho
las mieses incendia,
que tala, si mira
y arruina, si piensa,
y el inmenso poder con que vive
ni le ahoga ni pesa,
hoy, amante, se humilla vencido
por una profunda pasión que le inquieta.

XI

Un dia su vista
mirando sedienta,
cortando sus vuelos
posóse altanera.
Encontró una mujer, y, al mirarla,
la gloria vió en ella,
pues quien ve una mujer, ve la gloria
que va en sus encantos por gala disuelta.

XII

Sus ojos lascivos
miraron á Berta,
la humilde villana,
la cándida sierva,
y trocando al instante en cariño
su altiva fiereza,
tuvo sed de libar sus encantos,
y, ansiando adorarla, soñó en poseerla.

XIII

Pidióla á sus padres
por gusto ó por fuerza
que al punto la dieron
con gran complacencia,
y al castillo, cual Cristo al Calvario,
llevaron á Berta,
con la cruz de la infamia en sus hombros
que al fuego de la honra grababa su afrenta.

XIV

Berta era divina
con esa belleza
que el cuerpo seduce
y el alma embelesa.
Parecía, perdida en el feudo,
de escoria cubierta,
pasionaria nacida en el fango
que, limpias del cieno, sus flores eleva.

XV

Tenía sus dientes
formados de perlas,
guardaba en sus ojos
dos mundos de estrellas,
y su rostro moreno le daba
divina pureza,
que el moreno es color religioso.....
¡por eso la Virgen también fué morena!

XVI

Paloma inocente
que en red prisionera
queria los aires
cruzar libre y suelta,
levantaba en la jaula mezquina
sus alas de seda,
y, al hallar por apoyo el vacío,
sus débiles plumas caían deshechas.

XVII

Así vegetando
tras cárcel estrecha,
que en tiempo fué blanca
y el tiempo hizo negra;
subyugada al capricho de un hombre
que, aunque odia, respeta,
se inclinaba vencida á sus duelos
como ángel que impío Satán pisotea.

XVIII

Trocar los instintos
es vana quimera;
torcer corazones
inútil empresa;
secuestrar á las almas con lazos
diabólica idea,
porque tiene el espíritu alas
y el mundo abandona volando con ellas.

XIX

Por eso es inútil
cuanto hace é intenta,
rendido y amante,
Fernán de la Cerda;
y sintiendo los celos horribles
que su alma laceran,
se agitaba cual tigre, que, herido,
perdiendo la vida, furioso rastrea.

XX

Y en vano, insistente,
transido de pena,
le ofrece cariños
que altiva desprecia,
porque Berta, pensando en otro hombre,
si á un hombre sujeta,
al clavar en su dueño los ojos,
sus ojos veían al hombre en quien piensa.

XXI

Fernán no se humilla,
se obstina en vencerla,
que un noble no es justo
que olvide ni ceda;
y, cuanto es más inútil su anhelo,
su afán más se empeña,
pues no es digno de regias estirpes,
matando á los hombres, temer á las hembras,

XXII

— «Un último intento,
una última prueba,
—decía vencido—
tan solo me resta.

Mi altivez invencible disipa.....
mi orgullo desdeña.....
¡pues me postro á sus piés de rodillas
y así compasivo la haré que me quiera!» —

XXIII

¡Oh, amor, cuánto vales!
tú mandas y ordenas
y dictas las leyes
que rigen la esfera;
tú en el alma, con mano invisible,
pusiste tu esencia,
y, cuando obra tu bálsamo tierno,
suaviza los hombres y doma las fieras.

XXIV

Fernán, que te siente
y en su alma te lleva,
no exige cariños,
implora ternezas;
y el efecto que en su alma produce
la luz que destellas,
le hace ser bondadoso y humilde ..
¡El tigre ya es hombre!... ¡El mónstruo ya piensa!

XXV

Mendigo de amores
amor pide á Berta;
su pecho acaricia
la idea de verla;
y, deseoso de hablarla, en su cárcel
humilde penetra,
deponiendo su orgullo invencible
que sólo el cariño domarle pudiera.

XXVI

Al verla, vacila;
mirándola, tiembla;
si crece su angustia,
sus celos aumentan;
y, arrastrado á los piés de su esclava,
su cuerpo doblega,
ascendiendo amoroso hasta el cielo,
porque hombre que adora del mundo se eleva.

XXVII

—«Villana: —le dijo
con voz dulce y tierna—
si quieres calmarlas,
escucha mis quejas.
No me pagues mi amor con desdenes
que inflaman mis penas.
¡Hora es ya de que calmes mi anhelo,
y amante me escuches y amante me quieras!»

XXVIII

Señor poderoso
que mando en la tierra,
mi trono te ofrezco
por si es que le aceptas.
Del castillo serás castellana;
mi feudo gobiernas;
y yo haré que los reyes altivos
humildes se postren al ver tu belleza.

XXIX

Yo haré que los hombres
te admiren por bella;
yo haré que las galas
tu rostro engrandezcan;
te traeré pebeteros nutridos
de ricas esencias,
y he de ver que en tus negros cabellos
se crien diamantes en nidos de perlas.

XXX

Haré á los infieles
rendirte obediencia;
verás á tus plantas
sus truncas cabezas;
pisarás en sus blancos pendones
bordados en sedas,
y, sonando en tu honor sus clarines,
te harán de villana la más rica fembra.»—

XXXI

— «Señor: yo agradezco
tan ricas ofertas,
mas no puedo amaros,
ni puedo quererlas,
porque late en mi pecho un cariño
deshecho en mis venas,
que me obliga á adorar sólo á un hombre,
y á vos adoraros no puedo, aunque quiera.

XXXII

 Mi pecho no admite
 pasiones diversas.
 Le ocupa la suya;
 no cabe la vuestra.
¡Reparad que la culpa no es mía!...
 ¡mirad mi inocencia!...
¡Yo sin alma no puedo quererlos
y mi alma la tiene su amor prisionera!» —

XXXIII

 Tal dijo la esclava
 sencilla y resuelta;
 y al ver que su dueño
 clavaba sobre ella
unos ojos que, aún ciegos de rabia,
 vertían centellas,
la agitaba el temblor del espanto
que tiene ante el lobo la tímida oveja.

XXXIV

Fernán con esfuerzos
ahogó su impaciencia,
y — «¡Calma — le dijo—
que en vano te obcecas!
Mira bien que, quien nunca ha rogado,
sencillo hoy te ruega.»—
—«Yo lo siento, señor, doblemente,
porque un pecho que ama respira clemencia.»—

XXXV

—«¿Y no oyes mis frases?» —
—«¡Mi amor las desdeña!» —
—«¡Cuidado, villana,
que estás altanera!» —
— «El amor me hace fuerte, no altiva,
y aliento me presta.»—
— «¡No te olvides de que eres mi esclava!» —
— «¡Lo tengo presente, mas no me amedrenta!»—

XXXVI

—«¡Oh!—dijo aquel mónstruo
furioso cual hiena;
tú adoras á ese hombre
y á mi me postergas;
yo te pido mi amor de rodillas,
y tú me desprecias....
¡pues te juro vengarme en tu amado!
¡Si tanto le adoras, tendrás su cabeza!»—

XXXVII

—«Inútil venganza
que mi alma lamenta.
No hareis con su muerte
que yo le aborrezca.
Pretender que ni aún muerto le olvide,
señor, es quimera.
¡Si quereis arrancarme su imágen,
rasgad mis entrañas: grabada está en ellas!»

XXXVIII

—«¿Ferviente le adoras?»—
—«¡Mi amor le venera!»—
—«¿Me otorgas desdenes?»—
—«¡Os pago en firmeza!»—
—«¿No te rindes?»— «Nó puedo rendirme» --
—«¿Lo quieres?...¡Pues sea!»
¡Tu altivez vengaré en tu cariño!
¡Tus mismas palabras te dictan sentencia!»—

XXXIX

Fernán, vengativo,
salió de la celda;
llamó á sus vasallos
con voces que atruenan;
y se oyeron sensibles lamentos
y ruidos de puertas,
y los débiles pasos de un hombre
rastreado, sujeto con férreas cadenas.

XL

—«Señor de los cielos:
—gimió triste Bertal—
—¡Las fuerzas me faltan!
¡concédeme fuerzas!

Y, dispuestos al llanto sus ojos,
en llanto rompieran,
si Fernán, penetrando en su cárcel,
no hubiese con voces ahogado sus penas.

XLI

—«Es hora—le dijo—
Aún tiempo te queda.»—
— «Pensais muy en vano
que yo me arrepienta.»—
— «¡Mira bien que de nuevo te imploro!» —
— «¡Pues pierde quien ruega!»—
— «¡Mira bien que su muerte es segura!» —
— «¡De no estar unidos, prefiero que muera!»



XLII

— «¿Y afrontas su muerte?» —

— «¡Con santa paciencia!» —

— «Entonces... ¡tus ojos
dirige á esta almena!

¿Ves un hombre, subiendo al tablado,
que un grupo rodea?

¡Pues ese hombre es tu amado, es Enrique!...

¡Y van á matarle!... ¡y mi orden esperan!

XLIII

¡Si es que aún me aborreces
tu amor le condena!

¡Si juras que me amas
te doy su existencia!

Y, pues tienes su vida en tus labios,
di pronto, ¡qué ordenas!

¡No me culpes á mi de su muerte!

¡Los celos ya sabes que el alma envenenan!»

XLIV

— «¡Oh, monstruo terrible,
contén esa lengua!
¡El hombre que mata
del alma reniega!
Es magnánima el alma, si adora
con loca vehemencia,
y por eso os dispenso este crimen,
¡pues mi alma os perdona por más que os desprecia!

XLV

— «Entonces ¡ya basta!
Mis ruegos no temas.
Pero hay un martirio
que quiero que sientas.
¿Ves allí mi verdugo impaciente?
¡Pues este arma espera!
¡Tómala para dársela al punto
y haz tú de verdugo, si al reo sentencias!»

XLVI

—«¡Oh nunca, eso nunca!»

—«¡En vano te esfuerzas!»

—«¡No tanto suplicio!»

—«¡No tanta bajeza!»

¡Obedece, que tu amo te manda!»

—«Os debo obediencia

y no admito que un tigre me ruegue!

¿Quereis que le mate?... ¡Pues pronto!... ¡que sea!

XLVII

¡Puñal asesino:

mi vida te llevas!

¡Mi brazo te empuja!

¡Mi boca te besa!

¡Si al hundirte en el pecho de Enrique

su espíritu vieras,

dí que yo por cariño le mato!

¡Que me ame en el cielo y olvide la tierra!

XLVIII

Pero ¡oh!... qué intentaba?
¡Apártate, idea!
No turbe mi mente
tu sombra funesta!
Yo le adoro... ¿Y quería matarle?
¡Oh, idea siniestra!
¡Vete lejos!..... ¡Perdóname, Enrique!
¡Te vuelvo la vida! ¡Mi vida te venga!

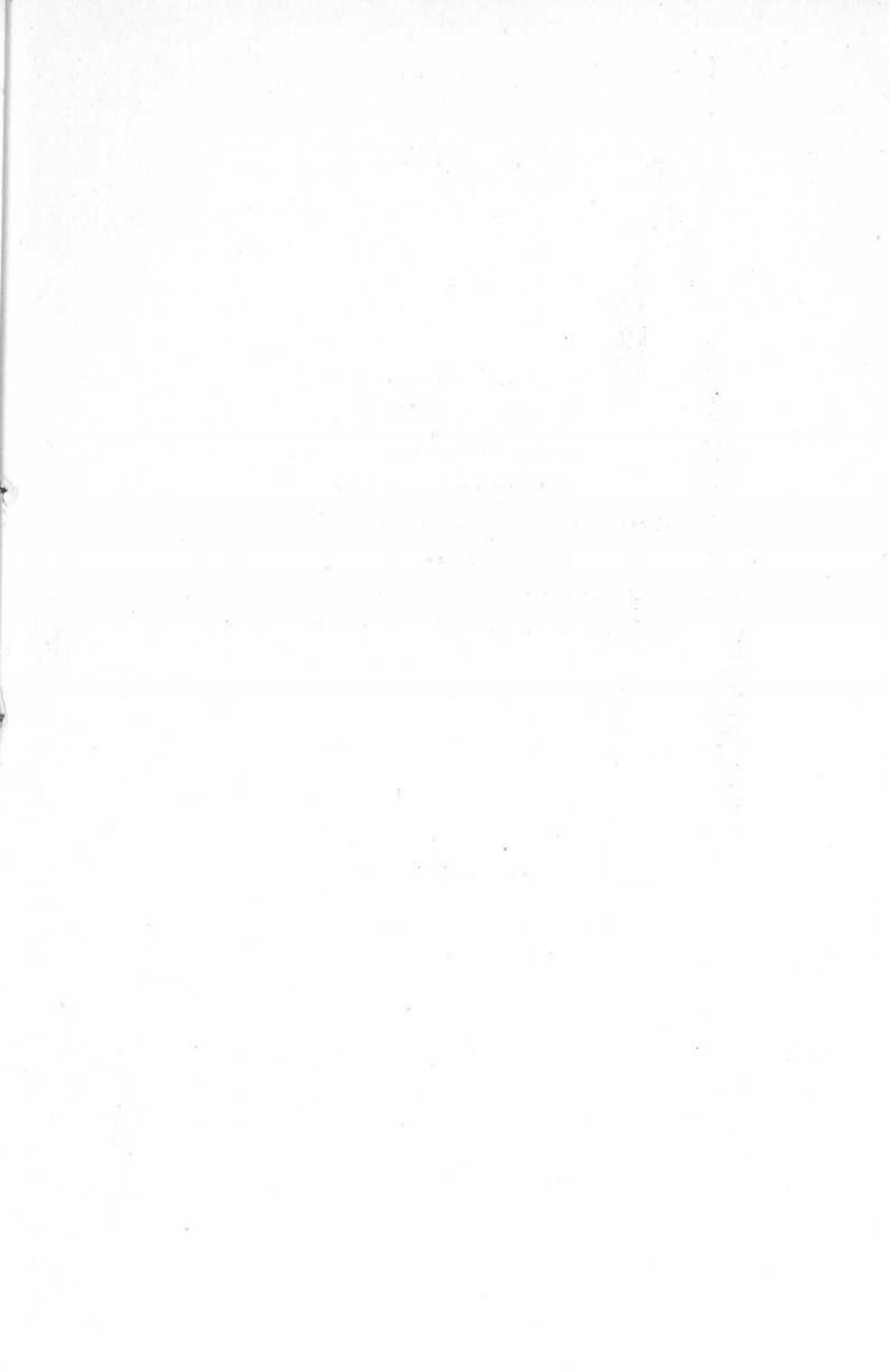
XLIX

Y entónces la esclava
gimió lastimera;
miró al cielo triste,
miró á Enrique tierna.....
¡y se hundió en sus entrañas el arma
con tal violencia,
que la sangre, batida en espuma,
cual roja cascada brotó de sus venas!

L

¡A poco espiraba
la mártir doncella,
y amada y amante
triunfando en su guerra,
al clavarse el puñal en el seno
libró su pureza,
y, al morir tristemente, tenía
por lecho su sangre, de almohada sus trenzas!





1.500

C-10 ✓

